

Por una interculturalidad dialogante

Álvaro Estrada Maldonado

IMCED

baruchesmx@yahoo.com.mx

*Gracias quiero dar al divino
laberinto de los afectos y de las causas
por la diversidad de las criaturas
que forman este singular universo.*

Jorge Luis Borges
Otro poema de los dones

1. Condición de origen y encuentro de las otredades

La multiculturalidad es la condición de origen de los pueblos y de las civilizaciones del mundo. Los primeros registros de la historia nos muestran un complejo conjunto de culturas diversas viviendo en un paralelismo sincrónico, distribuidas a lo largo y ancho de los continentes, en diferentes regiones y climas. Durante miles de años existieron hombres y territorios que no tuvieron siquiera conocimiento unos de otros, aun dentro de un mismo continente. En este contexto, las características físicas de los troncos raciales y de sus etnias, lo mismo que sus más primarios rasgos culturales, se moldearon lentamente a lo largo de un proceso que va de la prehistoria a la historia.

La etnogenia hizo así su trabajo y surgió un complejo mosaico de grupos humanos cohesionados por la lengua y los modos de vida, por la tradición y por una historia propia que les dotaba de un sentido de origen, unidad y horizontes de futuro. Esta solidaridad comunitaria –mecánica, diría Durkheim– se asentaba necesariamente en una territorialidad, un espacio que no fácilmente podían pisar los eternos enemigos que moraban al otro lado del río.

La mayoría de culturas desarrollaron, en consecuencia, cierto etnocentrismo y los mitos que daban identidad y sentido a sus vidas. Se percibían a sí mismas como especiales y hasta superiores, cultural y físicamente; no pocas suponían que habitaban

el centro del mundo conocido y mostraban una actitud de desprecio al extranjero, a ese eterno meteco que desde entonces hemos sido y somos muchos millones de habitantes de esta tierra.

Pero la posición estratégica de ciertos territorios o su proximidad geográfica con otros pueblos y culturas, hicieron posible la co-incidencia entre hombres de distintas etnias. El comercio y, por supuesto, la guerra, hicieron igualmente su parte y se convirtieron, junto con las migraciones, en los factores clave del contacto. Como producto de un nebuloso e intrincado proceso histórico de encuentros, conflictos e intercambios de todo tipo surgieron esas encrucijadas de continentes, etnias y naciones, de culturas y religiones que hoy llamamos civilizaciones.

Las grandes civilizaciones son entonces, en su origen, crisoles culturales. La historia de la humanidad ha incluido, por necesidad, la aculturación, es decir, la historia de las transformaciones producidas por el contacto directo y prolongado entre culturas diferentes. Así, por ejemplo, los romanos se helenizaron, los japoneses se han occidentalizado y amplias franjas de la sociedad estadounidense se mexicanizan. Las identidades culturales nunca han sido inmutables, son productos históricos sujetos necesariamente a cambios y reconfiguraciones, resultados transitorios de procesos de identificación.¹

La historia de la humanidad ha sido tejida por el encuentro de las otredades. Hoy en día no es posible concebirse a sí mismo sin la relación con los otros, con la enorme multiplicidad de los otros, sean individuos o comunidades. Más aún, sin la relación con los diferentes no hubiera sido posible el desarrollo del pensamiento y la construcción de las grandes civilizaciones.

Por todo el mundo, en diversas circunstancias y regiones, el encuentro de culturas diferentes dio origen a lo que contemporáneamente llamamos problemas de la alteridad. Etnias que nunca se había visto a la cara se descubrieron mutuamente y tuvieron lugar, más que encuentros, encontronazos culturales, esto es, resistencia y guerras de conquista, imposición de religiones y lenguajes, mestizajes nunca antes imaginados. La Europa moderna inventó la Historia Universal –el más grande los metarrelatos occidentales– y pretendió que el resto de los pueblos vivían fuera de ella; era necesario entonces incorporarlos, civilizarlos. Pero la occidentalización no ha logrado

¹ Vid. DE SOUSA Santos, B. *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*. Siglo del Hombre Editores-UNIANDÉS. Bogotá, 1998.

homogeneizar al mundo: “La multiplicidad de formas de vida en las más variadas versiones, hibridaciones y constelaciones representan el suelo actual de la cultura”.²

La multiculturalidad que caracteriza al mundo contemporáneo es, por lo argumentado, condición de origen y, al mismo tiempo, resultado de los encuentros de las otredades. La multiculturalidad es una las piedras sillares de la actual condición humana. Otra cosa, relacionada pero diferente, es el multiculturalismo.

2. Los vericuetos del multiculturalismo

El multiculturalismo es un concepto reciente, permeado por la opacidad, necesariamente polisémico. Su significado depende del concepto de cultura. Las culturas, según Kymlicka, “proveen a sus miembros de modos de vida que tienen sentido y que abarcan el rango completo de las actividades humanas, incluida la vida social, educativa, religiosa, recreativa y económica, tanto en la esfera pública como en la privada”.³ La palabra multiculturalismo contiene dos componentes significativos, agregados al de cultura: el prefijo *multi* que indica que las culturas son muchas y variadas, que son en cantidad y de diferentes tipos; el sufijo *ismo* que pone el énfasis en una postura de defensa de la coexistencia de diversas culturas y, más aún, en la promoción comunitaria, ético política y hasta partidista de las diferencias.

La problemática que plantea el multiculturalismo nace en el terreno práctico de las políticas públicas de los estados-nación que, por su conformación plural, se vieron obligados a la promoción y al reconocimiento de las diferencias étnicas y culturales. Hacia fines de los años sesentas, el término “multicultural” fue pensado en Canadá como política de Estado para dar respuesta a la situación que se dio en la región de Quebec, una entidad social que se pretendía una nación diferente. Los operadores del Estado canadiense utilizaron entonces tal vocablo para reconocer las tres grandes entidades comunitarias que conviven en su interior: la anglófona, la francófona y la propia de las etnias aborígenes. De esta manera se buscaba conservar el consenso social, asumiendo explícitamente la pluralidad cultural. En la década de los setentas, la “multiculturalidad” era ya una expresión de uso normal para referirse a una circunstancia estadual conformada por comunidades plurales y segmentadas, poseedoras de una lengua particular e incluso de cierta territorialidad. Con los llamados “Estudios Culturales” realizados en lo sucesivo por varias universidades

² BERMEJO, Diego. *Posmodernidad: pluralidad y transversalidad*. Anthropos. Barcelona, 2005, p. 68.

³ Citado en OLIVÉ, León. *Multiculturalismo y pluralismo*. Paidós-UNAM. México, 1999. p. 43.

norteamericanas, el “multiculturalismo” adquiere en los ochentas carta de naturalización académica y produce en los noventas sus más elaborados productos intelectuales.⁴

La emergencia del multiculturalismo va unida a la propia de los grupos sociales subalternos cuya especificidad étnica o cultural permanecía latente y negada al interior de una cultura nacional o universal dominante. Es el caso, por ejemplo, de los pueblos indios del “México profundo”,⁵ de las minorías étnicas, de las mujeres y de los colectivos de homosexuales. Otro factor que impulsó la emergencia multiculturalista, fue la agudización de los conflictos provocados por las relaciones interculturales en sociedades caracterizadas por la pluralidad. “En el mundo contemporáneo –dice Amartya Sen– hay una fuerte demanda de multiculturalismo... Esto no debe sorprendernos en absoluto, pues la mayor cantidad de contactos e interacciones globales y en especial las grandes migraciones, han puesto lado a lado diversas prácticas de diferentes culturas”.⁶

El multiculturalismo nace así como programa y, como tal, es un asunto polémico de la vida práctica que sólo después pasa al ámbito académico. La polémica es tan compleja como la misma circunstancia que le ha dado origen y la creciente diversidad de los estudiosos participantes. Pero al respecto y con fines de simplificación analítica, se pueden distinguir dos posturas antitéticas bien definidas: la propia de Shohat y Stam, esto es, el multiculturalismo policéntrico radical, y la expuesta por su más acérrimo crítico, Giovanni Sartori, que se basa en el pluralismo liberal para refutar los argumentos multiculturalistas.

Para Shohat y Stam el multiculturalismo es un concepto que llega a degenerar fácilmente en un “pluralismo de imagen” creado con fines mercadológicos (*United-Colors-of-Benetton*, verbigracia), o bien confundirse con el “pluralismo participativo” impulsado por los grupos hegemónicos para esconder su marca de origen, es decir, la conquista y el eurocentrismo, las desigualdades y la explotación. Su propuesta, el “multiculturalismo policéntrico radical y relacional”, es una postura que reconoce al mundo actual como una entidad constituida por muchos centros culturales, campos de poder material y simbólico con dinámicas propias y ubicaciones estratégicas a lo largo y ancho de la geografía. Las regiones y las naciones, las sociedades y las comunidades están necesariamente conectadas por una compleja red de relaciones;

⁴ Por ejemplo, GUTMANN, A. (Coordinador). *Multiculturalism: examining the Politics of recognition*. Princeton University Press. Princeton, 1994.

⁵ Vid. BONFIL, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*. CIESAS/SEP. México, 1987.

⁶ SEN, Amartya. “Usos y abusos del multiculturalismo”, en *Este país. Tendencias y opiniones*. Julio. México, 2006, No. 18. p. 4.

una buena parte de lo que ocurre al interior de ellas o entre ellas, se da de manera inevitable en un contexto en el que están presentes diferentes puntos de vista sociales, étnicos y culturales.⁷

La radicalidad de este planteamiento es evidente. “Implica una reestructuración de las relaciones intercomunitarias dentro y más allá de la nación-estado según los imperativos internos de diversas comunidades”.⁸ El multiculturalismo así entendido bien podría ser una base teórica para lo que hoy en día, en el contexto del gobierno de Evo Morales, se proponen en Bolivia los indígenas: refundar el país como un Estado plurinacional, una entidad inter y multicultural que haga posible superar la explotación, la desigualdad y la discriminación, propósito que pasa necesariamente por una redefinición de las relaciones de poder entre los 36 pueblos originarios de ese país sudamericano, los blancos, mestizos y demás grupos como los desocupados y los mineros. Otra vez... la utopía.

La base neomarxista, foucaultiana y deconstructivista de tal multiculturalismo, no es otra que su concepción centrada en la hegemonía, la microfísica del poder y en la dominación de una cultura o culturas sobre otras. El multiculturalismo es, por esta y otras vías, heredero de la crítica al *establishment* y abraza, por necesidad, la idea *alter* de que otro mundo es posible. La condición posmoderna que permea desde el norte al mundo contemporáneo, lo mismo que la caída del Muro de Berlín y del socialismo real, son dos factores históricos de fondo que han intensificado la filtración de estas influencias teóricas e ideológicas. En el contexto de la diferencia, justo en el clímax de la avidez de Occidente por la alteridad, las izquierdas y no pocos grupos socialdemócratas desplazan su lucha hacia la defensa de una gama más amplia de intereses y grupos sociales dominados. El multiculturalismo puede, en consecuencia, considerarse una cuestión eminentemente posmoderna.

Sartori escribió *La sociedad multiétnica* para demostrar, entre otras, tres cosas: que el multiculturalismo “es un proyecto en el sentido exacto del término, dado que propone una nueva sociedad y diseña su puesta en práctica”; que es, “una fábrica de diversidad, porque se dedica a hacer visibles las diferencias y a intensificarlas, y de ese modo llega incluso a multiplicarlas”; que, por último, “no es una continuación y extensión del pluralismo sino que es una inversión, un vuelco que lo niega”.⁹ Para Sartori no es

⁷ Vid. SHOHAT, E. y Robert Stam. *Multiculturalismo, cine y medios de Comunicación. Crítica del pensamiento eurocéntrico*. Paidós. Barcelona, 2002, pp. 68 y 69.

⁸ *Ibidem*. p. 69.

⁹ SARTORI, Giovanni. *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Taurus. México, 2001. p. 123.

posible que, con base en el multiculturalismo, se pueda construir una nueva sociedad donde la convivencia en concordia sea posible y se viva mejor, toda vez que es una propuesta que rompe e invierte el camino pluralista de la sociedad liberal y su cultura. El pluralismo liberal que propone se fundamenta en las asociaciones voluntarias entre individuos y comunidades diferentes, mientras que el “neopluralismo” –otra forma en que denomina al multiculturalismo– implica asociaciones involuntarias de varios tipos, además de la fabricación y el resurgimiento de identidades cuya reinserción va contra del progreso. El multiculturalismo, en consecuencia, adopta enclaves acumulativos al interior de la sociedad y podría dar lugar a una “ruptura histórica” de graves consecuencias.

Resulta revelador que un pensador de la talla de Sartori, un migrante italiano que vive y trabaja como docente en Nueva York, se alarme ante el “griterío multiculturalista”¹⁰ (*sic*). Su pluralismo da por hecho que no es necesario cambiar, en esencia, la sociedad homogénea y dominante, basada en la libertad antes que en la igualdad; supone, además, que el faro orientador de la civilización liberal es todavía el mito del progreso capitalista, un metarrelato ideológico derruido por la historia del siglo XX. Concede, al menos, tomando su distancia de los neoconservadores, que el camino hacia la convivencia es “el interculturalismo”.

Shohat y Stam, en coincidencia con algunos estudiosos latinoamericanos, ubican siete posturas críticas frente al pluralismo liberal: 1) es un discurso ideológico que se basa en universales éticos, abstractos e intangibles (libertad, igualdad, etc.); 2) acepta como inherentes a la sociedad la jerarquía y la desigualdad; 3) valida el orden jerárquico de las culturas, históricamente establecido desde una visión eurocéntrica y asimilacionista; 4) favorece epistemológicamente al mundo del poder político y económico; 5) suele tener una concepción esencialista de la identidad; 6) sus políticas culturales ignoran que en el complejo mundo contemporáneo la idea de identidad como algo fijo y unificado está siendo sustituida por la de identificación; 7) puede ser monológico y sólo discursivamente, o de manera limitada aceptar el diálogo entre culturas.¹¹

El “multiculturalismo revolucionario” de McLaren, completa este lúcido cuadro crítico. Afirma que: “Sólo por medio de un proceso que deconstruya la ideología blanca dominante podremos empezar a entender las relaciones íntimas de la distribución asimétrica de poder y privilegios entre diferentes grupos étnicos, incluyendo a los

¹⁰ *Ibidem.*, p. 79.

¹¹ *Vid* SHOHAT y Stam, *op. cit.*, p. 70.

blancos étnicos de clase baja”.¹² Después de un largo proceso civilizatorio, la cultura blanca occidental universalizó su particularismo y pudo imponer su proyecto histórico de mundo. Hoy en día determina los modos de vida a los que paulatinamente o de manera súbita han de asimilarse otros pueblos, crea y dosifica las tecnologías, arrasa lenguas y costumbres, depreda el ambiente y, tal como lo previó Max Weber a principios del siglo pasado, intenta que nada ni nadie se interponga en su camino. La sociedad estadounidense es un caso extremo al respecto: se pretende modelo y medida de todas las cosas.¹³

El multiculturalismo es una defensa sustentada de las culturas dominadas. Es preciso reconocer en él su dimensión crítica y liberadora. Es una postura activa que busca que el mundo siga siendo humano, esto es, múltiple, diverso y vital. Ante la globalización neoliberal que impone la Cultura, escrita así, con mayúscula, Eagleton¹⁴ destaca la originalidad y la diferencia, propone que los intercambios internacionales sustenten la cultura y el ambiente, asume la defensa política de la identidad variopinta de los pueblos.

Pero es igualmente necesario advertir que el principal problema histórico y práctico – e incluso teórico– del multiculturalismo, es que podría derivar en un relativismo radical sin salida. Si se impulsa a la manera de un comunitarismo cerrado e intolerante, podría convertirse en un fundamentalismo del miedo que no se ve ni se reconoce en el otro, a la manera de los talibanes afganos o de sus pares neoconservadores de los Estados Unidos. Incluso Shohat y Stam, autores que van a la raíz de la cuestión, alertan sobre el peligro de que el multiculturalismo se convierta en un discurso balcanizador o guetizante, que promueva la fragmentación social; un infierno parecido al que emergió de las ruinas de Yugoslavia, o un sempiterno conflicto del tipo que escenifican israelíes y palestinos.

Los teóricos y defensores del multiculturalismo, en especial sus militantes, transitan por los más intrincados vericuetos de la resistencia cultural, al filo de las altas quebradas por las cuales sólo se puede caminar con gran dificultad. Tal vez, en el plano epistémico, han logrado ya deconstruir la cultura y la historia que subyacen a la hegemonía planetaria de Occidente. Pero en el plano de la *praxis* las cosas son más complejas. Se enfrentan a una utopía neoconservadora en marcha, que dispone de los medios

¹² McCLAREN, P. *Multiculturalismo revolucionario*. Siglo XXI. México, 1988, p. 304.

¹³ Vid BOURDIEU, P. y Loic Wacquant. *Las argucias de la razón imperialista*. Paidós. Barcelona, 2001.

¹⁴ Vid EAGLETON, T. *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Paidós. Barcelona, 2001.

materiales y simbólicos para imponer la dirección económica, política y cultural que ha de seguir el mundo. Su tarea es difícil, pero irrenunciable, prometeica.

Los problemas y dilemas que hoy nos plantea el multiculturalismo parecen, en la práctica, irresolubles. Los conflictos interculturales que nos asechan, a lo largo y ancho de la geografía, no se van a resolver del todo ni fácilmente.¹⁵ Más que difícil ha de resultar, al interior de las sociedades centrales, la reconciliación de los grupos y núcleos culturales minoritarios. La interculturalidad dialogante es una opción.

3. Por una interculturalidad dialogante

A la hora de la verdad, todos somos andaluces.

Gabriel García Márquez
La bendita manía de contar

La metáfora del Nobel colombiano nos puede remitir a un momento histórico medieval en el que la diversidad y la pluralidad, valoradas por encima de la intolerancia, hicieron posible que musulmanes, cristianos y judíos, además de otras etnias, convivieran en relativa paz y armonía en Al-ándaluz, la porción sur de lo que hoy es España. En ese contexto, la tolerancia de la hegemonía islámica permitió el florecimiento de la cultura en su sentido primigenio, lo mismo que las más altas manifestaciones del espíritu: el labrador y Maimónides, la mano y la herramienta cultivando la tierra, la mente pensando el mundo.

Para Caballero Bonal, la cultura andaluza actual, como cualquier otra, es una compleja combinación de caracteres. “Lo multirracial –nos dice– generó afortunadamente lo multicultural: una larga y copiosa decantación de influjos que vino a constituir, aunque sea en términos idealistas, lo que podría ser el substrato, el germen de nuestras más verificables marcas culturales”.¹⁶ Nos advierte, igualmente, que cuando hablamos de alguna cultura en particular –la andaluza en este caso– suele suceder que apelamos a una noción un tanto ambigua que no puede referirse a unas claves fijas para siempre y a unos atributos uniformes.¹⁷

Todavía hoy en día, después de siglos de globalización y modernización, la diversidad cultural es el soto profundo del bosque de las culturas. Pero el mismo tropo de García

¹⁵ Vid BEUCHOT, M. *Interculturalidad y derechos humanos*. UNAM-Siglo XXI. México, 2005.

¹⁶ CABALLERO, José Manuel. “Sobre la cultura andaluza”, *Luvina*. México, 2006, No. 45, p.12.

¹⁷ *Idem*.

Márquez nos posibilita ver hacia otro aspecto de la cuestión: al fondo antropológico de lo humano, un plano abstracto en el que todos somos seres humanos, hombres y mujeres pertenecientes a una misma especie que tiene por casa el mundo. Es preciso entonces no olvidar la lección estructuralista, que pensó al Hombre de todos los tiempos y lugares, etnias y religiones; al Hombre, más allá de la multiculturalidad.

Ahora bien, ante la babel de las culturas y las pretensiones homogeneizantes de los modos posmodernos e imperialistas de vida, trascendiendo los intereses geopolíticos que promueven el choque de las civilizaciones, quienes consideran que otro mundo es posible, podrían sustentarse en el ideal programático de Villoro: “una cultura unida en su cima, diversa en su base”.¹⁸

Esta unión civilizatoria de la cultura humana no es –ni podría ser– en la realidad histórica, una síntesis de la diversidad. Sus caracteres determinantes han sido ya establecidos, impuestos por la cultura occidental. Lo que es preciso y aún posible buscar es, por una parte, que la unidad cultural no termine en un totalitarismo, y por la otra, que la pluralidad multicultural no desemboque en desintegración. Por lo pronto, los pueblos y culturas dominadas no pueden esperar, sedentes y callados, a que su especificidad sea reconocida e incorporada. Es imperativo persistir, resistir sin encerrarse en lo propio. ¿Cómo hacerlo? Es fácil decirlo con Sédar Senghor: asimilar sin asimilarse, promover en todos los planos, usando incluso las potencialidades de la interacción transnacional creada por el propio sistema mundial, una interculturalidad dialogante.▲

Bibliografía

- BERMEJO, Diego. *Posmodernidad: pluralidad y transversalidad*. Anthropos. Barcelona, 2005.
- BEUCHOT, M. *Interculturalidad y derechos humanos*. UNAM-Siglo XXI. México, 2005.
- BONFIL, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*. CIESAS/SEP. México, 1987.
- BOURDIEU, P. y Loïc Wacquant. *Las argucias de la razón imperialista*. Paidós. Barcelona, 2001.
- CABALLERO, José Manuel. “Sobre la cultura andaluza”, en *Luvina* No. 45. México, 2006.
- De SOUSA SANTOS, B. *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*. Siglo del Hombre Editores-UNIANDÉS. Bogotá, 1998.
- EAGLETON, T. *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Paidós. Barcelona, 2001.
- GARCÍA CANCLINI, N. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo. México, 1990.

¹⁸ VILLORO, L. *El concepto de ideología y otros ensayos*. FCE. México, 1985, p.196.

- GUTMANN, A. (Coordinador) *Multiculturalism: examining the Politics of Recognition*. Princeton University Press. Princeton, 1994.
- KYMLICKA, W. *Ciudadanía multicultural*. Paidós. Barcelona, 1996.
- McLAREN, Peter. *Multiculturalismo revolucionario. Pedagogías de disensión para el nuevo milenio*. Siglo XXI. México, 1998.
- OLIVÉ, León. *Multiculturalismo y pluralismo*, Paidós-UNAM. México, 1999.
- SARTORI, Giovanni *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Taurus. México, 2001.
- SEN, Amartya. “Usos y abusos del multiculturalismo”, en *Este país. Tendencias y opiniones*. Julio, No. 18. México, 2006.
- SHOHAT, Ella y Robert Stam. *Multiculturalismo, cine y medios de comunicación. Crítica del pensamiento eurocéntrico*. Paidós. Barcelona, 2002.
- TOURAINÉ, Alain. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. FCE. México, 1997.
- VILLORO, Luis. *El concepto de ideología y otros ensayos*. FCE. México, 1985.